

Vivir cada año estos meses, llena nuestros corazones de una alegría muy singular, especialísima, que renueva nuestras almas en un algo que no atinamos a describir del todo. Es por ahí por donde la Gracia se abre paso con la fuerza de un torrente intrépido y brioso, que quiere alcanzar a su paso a cuantos corazones puedan ser contagiados en la sola presencia del Espíritu Santo, que engendra tal vigorosa Gracia, y de nuestra amadísima Madre, la Virgen Santísima, que provocan en nosotros tal celebración interior. Y qué decir de San José, testigo fiel y venturoso de todo cuanto aconteció, y para nosotros perfecto ejemplo, y ojos, a través de los cuales, nos podemos colocar en el lugar de los hechos, que, además, en estos tiempos especiales recordamos y admiramos, porque se muestra un poco más a nosotros, para que nuestra mirada se vuelva más profunda. También para descubrirlo en la vivencia que rememoramos de aquel acontecimiento único que marcó y cambió la historia de la humanidad, y vino a transformarla de cada uno de nosotros; el Nacimiento de Jesús, nuestro Dios y Señor, el Rey Niño. Que vino a contradecir toda expectativa humana. Que en su misterio nunca llegaremos del todo a comprender, pero que percibimos tan grande, que nuestra alma reboza de alegría por volver a pensar en su Nacimiento. No es posible imaginar la dicha de ese momento, para nosotros único y también, para aquella divina dimensión en lo eterno permanente de Dios. Momento esperado por toda la creación desde sus propios orígenes, en ese “no tiempo” de Dios.



Violeta de Jesús

Profecía escrita desde siempre en la Eternidad, que solo debía irrumpir en la historia y en la dimensión espacio temporal, como un rayo que cae del cielo y revienta en esta tierra, en este escogido momento de Gracia, en donde se unen todo el pasado, el presente y el futuro de todas las cosas. Momento sublime, indescriptible y universal, entonces, para la tierra y el Cielo. Sin embargo, aunque alcanzamos apenas a percibir su grandeza, eso no impide a Dios irrumpir en su festividad también en nuestras pobres y pequeñas almas, que a la vez son para Él un universo de miles de lugares y misterios dentro de nosotros mismos, pero que existieron desde siempre en Él, con un solo propósito, regresar a lo eterno de su Divina Presencia. Y he aquí lo más grande aún, el hecho de que cada cosa que Dios hace y permite en nuestra historia, tiene una alegoría con los pasos que Él preparó para la Redención de nuestras almas, desde el mismo advenimiento, en esta figura del Nacimiento de un niño indefenso y frágil que necesita un hogar donde desarrollarse en el Amor verdadero y redentor. Y es así como, si quiso nacer en un pesebre, busca pues, también, el pesebre que le podemos brindar en nuestras almas, en el que quiere nacer, como lo hizo en aquél de Belén. Un pesebre pobre, como pobre es nuestra naturaleza, pero que reconoce a su Dios y Señor, y aún simple y hasta sucio, lleno de tanta fragilidad e indigno e inmerecido para tal majestad. Sin embargo, dispuesto a que se convierta en un trono y el mejor de los palacios, el más puro, el más limpio y el más fiel, para nuestro bien amado Dios, que viene a depositarse en nosotros con la figura más tierna que puede conmover cualquier corazón que sepa mirarlo, tan solo un bebé, recién nacido.



Violeta de Jesús

Y esto nos detiene a pensar que, si todo un Dios se inclina a cada uno de nosotros, de esta forma tan única e individual, siendo nosotros tan ciegos y pequeñitos ante su grandeza, ¿qué verá en nosotros, entonces, que lo hace amarnos como sus hijos, con tanta ternura e incondicionalidad? ¿Qué es eso tan bello que resulta ante sus ojos divinos, sin que nosotros podamos ver lo que Él ve? Y nos hace aún más desear descubrir el misterio dentro de nosotros que Él ha plantado, y al llegar a hacerlo, irremediablemente lo veremos a Él en nosotros, reconociéndonos criaturas salidas de sus benévolas y generosas manos, como un acto puro de amor de Padre y Creador. Y ese misterio dentro de nosotros, que solo Él puede develar ante nuestra mirada, pues nosotros no tenemos la capacidad de lograrlo, porque supera el entendimiento humano entrando en una dimensión divina y no alcanzable, si no fuese porque Él mismo lo alcanza en nosotros. ¡Oh divino misterio de Dios, en los incommensurables designios de su Amor divino y esencial, que solo podemos contemplar con reverencia y amor! Y henos aquí ahora, una vez más, como cada Natividad, con el alma a flor de piel, en el asombro íntimo y profundo que causa la contemplación de ese todo universal y, al mismo tiempo, ínfimo y particular que somos cada uno de nosotros frente a su inmensidad, en el detalle concreto del Amor hecho verdad en nosotros. En ese momento en que el Nacimiento del Dios hecho hombre nos donó la dicha eterna, en el instante concreto y absoluto de su Nacimiento en medio nuestro, que solo podemos saltar y rebozar de alegría interior al sentirlo, en consecuencia, el ser nos llama a anunciarlo a todos alrededor, como ocurrió en aquel tiempo a quienes lo pudieron ver.



Violeta de Jesús

Pues ha venido, en medio nuestro, el Señor de todos los bienes a llenar nuestra alma con su presencia, y nuestros días con su real cercanía. Porque ha venido en el misterio, sí, pero en lo real de lo concreto. Y en medio de este momento contemplativo que sale del alma reverente ante la experiencia viva de tal don que se nos ha regalado, no podemos dejar de ver a la Madre de Dios, porque en aquellos tiempos, en que también Ella protagonizó aquel único momento preparado por Dios mismo, para aquellos acontecimientos, se convierte en Maestra de la vida permanente en la Gracia, que la conduce y la lleva en esta divina corriente a la cual no se le opone, en cada uno de sus días. Y junto a José, nos muestran un camino a seguir, un verdadero modelo de cómo debemos preparar y caminar en aquel viaje, que es ahora, el nuestro, a las puertas del Cielo mismo. Para que haya en cada una de nuestras almas, transformación verdadera, para entender el lenguaje en el que Dios habla, y que debemos dejarnos llevar como María, principalmente. Y como José, que se acerca más a nuestras fragilidades en su humanidad, de otra manera, no llegaremos a comprenderlo, porque para entender a Dios en su idioma, primero hay que dejar que Él permita, en cada uno, ese entendimiento a través de la donación total a su Gracia y su acción en nosotros.



Violeta de Jesús

¡Amada familia de Nazareth!, que dejaste las huellas precisas para albergar la Gracia, para saber cuidarla y cultivarla y hacerla crecer en sabiduría y amor, muéstranos, entonces, el misterio y al mismo tiempo, lo concreto del Amor de Dios en nuestras vidas, para que no desaprovechemos momento alguno, y que la vivencia verdadera de cada Navidad nos llene y nos prepare para seguir dando pasos en avanzada hacia la meta final que nuestras almas tanto ansían. Y permite que nuestra alma se despierte realmente, para contemplar verdadera y profundamente, sintiendo lo que significa el misterio y sus designios sobre nosotros en ese accionar de Dios que no descansa por estos sus hijos, y que intrépido y veloz irrumpa en nuestras almas y nuestras existencias cada vez que se lo permitimos, como aquel rayo de gracia que fue su divino nacimiento, que explota en el suelo árido de nuestras almas una vez y para siempre si así lo deseamos, y como una gota en la corriente de la gracia nos dejemos llevar y elevar hasta donde nuestro benévolos Dios lo permita.



Violeta de Jesús